



¡MUCHACHOS!
Pablo de la Torriente Brau



NOVELAS en la FRONTERA

Esta colección recupera la tradición de la novela corta en una zona desdibujada en las cartografías literarias de América Latina: la frontera sur de México, Centroamérica y el Caribe de lengua española. Con la novedad de este corpus, buscamos propiciar su lectura y estudio, así como el reconocimiento y la diversidad de los vínculos geográficos, históricos, culturales y literarios de estas fronteras, abiertas al diálogo en el tiempo y en el espacio.

La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com



FILOLÓGICAS



CENTRO PENINSULAR EN HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES



Centro de Investigaciones sobre
América Latina y el Caribe

¡MUCHACHOS!

PABLO DE LA TORRIENTE BRAU

Armando Gutiérrez Victoria
Presentación

EQUIPO EDITOR DE LA COLECCIÓN

Novelas en la Frontera
Volumen 6



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com

Pablo de la Torriente Brau, *¡Muchachos!*
Primera edición digital: 13 de septiembre de 2023
D. R. © 2023 Universidad Nacional Autónoma de México
Avenida Universidad 3000
Ciudad Universitaria, 04510, alcaldía Coyoacán,
Ciudad de México

Instituto de Investigaciones Filológicas
Circuito Mario de la Cueva, s. n.
Ciudad Universitaria, 04510, alcaldía Coyoacán
Ciudad de México

Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales
Ex Sanatorio Rendón Peniche
Calle 43 s. n., entre 44 y 46
Col. Industrial, 97150
Mérida, Yucatán, México

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Avenida Universidad 3000
Torre II de Humanidades, piso 3
Ciudad Universitaria, 04510, alcaldía Coyoacán,
Ciudad de México

ISBN Obra Completa: 978-607-30-6956-4
ISBN: EN TRÁMITE

Este libro se realizó con apoyo del Proyecto CONACYT CB 255210,
coordinado por Gustavo Jiménez Aguirre

Esta edición y sus características son propiedad de la
Universidad Nacional Autónoma de México.

Se permite descargar e imprimir esta obra, sin fines de lucro.
Hecho en México.

ÍNDICE

Presentación. En otro tiempo, el mar de la memoria. <i>¡Muchachos!</i> , de Pablo de la Torriente Brau y la vanguardia cubana <i>Armando Gutiérrez Victoria</i>	7
<i>¡Muchachos!</i>	21
Noticia del texto	49
Pablo de la Torriente Brau. Trazo biográfico	51

PRESENTACIÓN

En otro tiempo, el mar de la memoria.
¡Muchachos!, de Pablo de la Torriente Brau
y la vanguardia cubana
Armando Gutierrez Victoria

Ya desde el primer número de *Revista de Avance*, publicado en marzo de 1927 en La Habana, Jorge Mañach se preguntaba cuál sería el paso siguiente para los movimientos de vanguardia cubanos, luego de la proliferación de jóvenes creadores que sostenían, a la par de su interés por la política y por el pensamiento crítico, la necesidad de un “arte nuevo” y, en consecuencia, de un espíritu guiado por la “innovación”. Mañach se cuestionaba con justicia a qué se referían en sentido estricto con aquella voluntad renovadora, “¿qué cosa es, en fin de cuentas, lo nuevo?”, dice en algún momento de su texto. Y es que, más allá del gesto inicial de rebeldía ante las convenciones de la pintura, la escritura y el arte en general, Mañach advirtió la necesidad de superar esta primera etapa y articular una vanguardia con un profundo sentido autocrítico, así

como con una propuesta definida, aunque no por ello excluyente y homogénea.

Si algo caracterizó a los movimientos de vanguardia latinoamericanos fue el interés que mostraron en reimaginar sus espacios, sus historias y sus personajes, al margen, en muchos casos, de la tradición y de las convenciones occidentales sobre las cuales se había desarrollado el arte hasta esa época; ello supuso adentrarse en sus propias ciudades desde otras perspectivas, recuperar aspectos de su cultura hasta ese entonces soslayados por los creadores y atender a ese presente moderno y contradictorio, que cada vez se revelaba con mayor contundencia en las distintas transformaciones a las que se sometían sus realidades.

En literatura, la vanguardia terminó con las grandes narrativas del personaje como héroe moderno, con la singularísima personalidad que encarna el drama del ser humano, dio por clausurados los grandes mitos del amor romántico y de las tragedias del realismo, centradas, las más de las veces, en una burguesía asediada por el dinero, las relaciones sociales y el poder. En cuanto a técnicas, la vanguardia evitó el recurso del narrador omnisciente, que de antemano dominaba una historia definida en sus detalles, estructurada como un orden maestro congruente con el mundo y con sus leyes, un orden que no se permitía jugar con el lenguaje, con sus formas y sus posibilidades expresivas. Por el contrario, los escritores de vanguardia se

propusieron poner en cuestión aquello que comúnmente entendemos por realidad, se interesaron por lo inacabado, por lo inmediato, por lo incomprensible, por lo que se encuentra siempre en movimiento, por lo que de ordinario no era percibido dentro del conjunto de lo artístico, por poner en tensión al lector y hacer que se plantee preguntas, que se cuestione sobre la obra, sobre su sentido, hasta el punto en que se sienta incómodo ante el aparente caos que prolifera frente a sus ojos.

Cuando apareció *¡Muchachos!* de Pablo de la Torriente Brau como parte de las colaboraciones literarias de la mítica revista *Social*, que ya había albergado los textos del grupo Minorista y de otros escritores notables como Alejo Carpentier, Nicolás Guillén y Alfonso Hernández Catá, éstas eran algunas de las ideas presentes en el ambiente cultural cubano. Y si bien, a primera vista, esta novela corta y su particular escritura parecen alejadas de las experimentaciones formales que asociamos hoy con los movimientos de vanguardia, una lectura atenta nos dejaría apreciar con más calma su profunda modernidad, así como algunos de los temas y aspectos que desarrolla como parte de esa búsqueda por un “arte nuevo”, que tanto preocupó a los escritores cubanos de finales de la década de 1920 y principios de 1930.

En primera instancia, no debe pasar inadvertida la hiperconsciencia sobre la escritura y sobre la naturaleza

del relato, pues en todo momento el narrador nos hace saber que aquello que leemos es una historia construida por su persona a través de sus recuerdos y sus experiencias de juventud. *¡Muchachos!* nos presenta desde sus primeras líneas a un narrador inexperto, que se entromete en el orden de su discurso —duda, interrumpe, se cuestiona, rectifica lo dicho— y que la mayoría de las veces se abandona a la nostalgia del recuerdo sin un hilo argumental definido; todo lo cual no hace sino dejar al descubierto el complejo proceso de selección y configuración propios de cualquier texto narrativo, al mismo tiempo que nos permite entrever la dificultad de articular un relato coherente y con sentido si nos valemos de algo tan inasible como la memoria. Y si bien este recurso, similar a la falsa autobiografía, propia de una tradición novelística de largo aliento, no es en sentido estricto una innovación de la narrativa moderna o de vanguardia, la forma en la que se aproxima *De la Torriente Brau* resulta hasta cierto punto inusual y ajena a sus procedimientos, pues establece una tensión constante entre el presunto objetivo de la narración y la fuerza del recuerdo, que busca, y que quizá logra, imponer su propio ritmo, aun a pesar de las intenciones del narrador.

Sin duda alguna, a más de uno resulte desproporcionada la comparación entre *En busca del tiempo perdido* de Marcel Proust y esta novela corta, sin embargo, no

por ello podríamos dejar de apreciar los distintos puntos de convergencia de *¡Muchachos!* con una de las obras más influyentes del pasado siglo: la búsqueda del sentido del presente en la experiencia del pasado, el aparente realismo con que se construye el mundo narrado, el tránsito de la infancia a la madurez, la fascinación por lo cotidiano y hasta por lo intrascendente, así como la compleja relación con la memoria, que muchas veces se presenta más como un conglomerado de recuerdos desarticulados y sin sentido que como una historia con un principio y un final definidos. La vida, parecen decirnos tanto Proust como *De la Torriente Brau*, no tiene ningún plan maestro, sino quizá sólo el que nosotros deseamos ansiosamente imponerle.

Con todo, y como era de esperar, *¡Muchachos!* no transcurre en un mundo como el que nos propone la inabarcable novela de Proust, su género es el de la novela corta y su espacio de acción es la urbe cubana de principios del siglo xx, aunque no cualquier tipo de urbe, sino más bien una hecha de solares que aglomeran a familias numerosas, de barrios y de calles en que viven las personas solitarias de la clase trabajadora y donde es posible que surja un grupo de jóvenes como el que acompaña a este narrador protagonista, que pronto abandona la casa materna y se va a correr solo por el mundo. La experiencia de la juventud que se desarrolla en esta obra está

más próxima a una fiesta carnavalesca de los sentidos y del cuerpo que a una sesuda meditación sobre el tiempo y el transcurso de la vida, eso sin mencionar que de algún modo anticipa lo que otros narradores cubanos como Virgilio Piñera, Guillermo Cabrera Infante, Reinaldo Arenas y hasta Pedro Juan Gutiérrez hicieron décadas más tarde. Por todo ello, no es de extrañar el énfasis que muestra el narrador cuando describe la risa de sus compañeros, su habilidad para contar chistes, las burlas y la alegría desbordante a lo largo del relato; así también, no sorprende la insistencia por el cuerpo, sus descripciones, las peleas físicas que buscan entretener a los compañeros, las correrías que dejan sin aliento a estos jóvenes, el canto, el hambre insaciable que sólo se satisface con una abundante comida, las tardes en el mar desnudos y con la piel expuesta al sol.

El lenguaje, naturalmente, ocupa un papel protagónico en esta realidad festiva: los *muchachos* recitan versos de una sentimentalidad caduca solamente para burlarse de ellos, se colocan sobrenombres y apodos de acuerdo con sus rasgos, su personalidad o algún evento notable en sus aventuras, y usan expresiones del habla popular, alejadas, evidentemente, del uso normativo de la lengua. Así, lo que en apariencia no es sino sólo el mundo de un grupo de jóvenes habaneros sin preocupaciones, en realidad constituye un espacio y una circunstancia que permiten abor-

dar distintos temas afines a los intereses de la vanguardia cubana y que, como era de esperar, contravienen la tradición literaria y proponen una aproximación distinta a la narrativa de ficción y a la representación de las realidades por las que se interesa.

Durante el mismo periodo en que apareció esta novela corta, Pablo de la Torriente Brau desarrolló otras incursiones narrativas de índole experimental, muchas de ellas incluidas en *Batey*, libro que reúne sus relatos y los de su amigo Gonzalo Mazas; por ejemplo, el texto “Casi una novelita. Cuento película”, que nos narra la historia de un grupo de amigas, con las técnicas y con un lenguaje propios de un guion cinematográfico, y cuyos personajes estarán vinculados al cine y a la farándula norteamericana de aquellos años, o “Asesinato en una casa de huéspedes”, en el cual se construye un narrador protagonista que reflexiona sobre su condición de asesino sin ningún tipo de remordimiento y cuyo discurso y flujo de consciencia por momentos parecen aproximarnos más al ensayo personal. Visto desde estos términos, *¡Muchachos!* se desarrolla como un texto ajeno a los principios de tensión y efecto sobre los cuales se ha ejercitado la escritura del cuento como género de la modernidad, por el contrario, la estructura del relato se dispersa y difumina mediante la aglomeración de pasajes, anécdotas y reflexiones que —el mismo narrador nos lo hace saber— no tienen otro obje-

to sino la evocación del pasado y el disfrute de la nostalgia. Y si bien el final de esta novela corta es, de algún modo, un punto de inflexión crítico en la vida de estos jóvenes y en la visión festiva y paradisiaca del texto, sería difícil sostener que la totalidad de las partes que lo componen nos han hecho llegar exactamente hasta aquella conclusión. Aunado a lo anterior y en contraposición al cuento moderno, que comúnmente se centra en un solo asunto, este conglomerado de episodios no hace sino sugerir distintos temas y aspectos de la vida y de la experiencia, que en ningún momento se pretenden desarrollar de forma explícita, sino sólo actuar como posibles campos de acción en el mundo narrado, trazos que delinear la superficie de una realidad mucho más compleja y más vasta que la de una narración breve, pero sin llegar a la totalidad abarcadora de la novela tradicional, tan ajena a los intereses de la vanguardia; todo ello justifica, en cierta manera, ofrecer una lectura de este texto desde el horizonte interpretativo de la novela corta y, en esa medida, ponerlo a dialogar con otras obras contemporáneas que, desde el mismo género, buscaron sintetizar las inquietudes no sólo de los escritores cubanos, sino de las distintas manifestaciones de la vanguardia latinoamericana.

En el contexto mexicano, quizá los ejemplos más próximos los hallemos en las distintas novelas cortas del grupo Contemporáneos (*Dama de corazones*, *Margarita de nie-*

bla, *Novela como nube*, *El joven*), en la fundacional *Señorita etcétera* del estridentista Arqueles Vela y en las incursiones experimentales de Mariano Azuela en obras como *La Malhora*. Nos obstante, al igual que si lo hiciéramos sólo con las novelas antes mencionadas, pronto advertiríamos los distintos puntos de divergencia entre la heterogénea variedad de propuestas novelísticas emanadas de los escritores latinoamericanos de vanguardia, quienes, al igual que Mañach, se cuestionaron sobre la multiplicidad de caminos que podían seguir sus inquietudes y sus proyectos.

Así, mientras otras novelas cortas se desarrollan casi por entero en el espacio de la ciudad moderna —plagada de tranvías, multitudes ruidosas, automóviles y oficinistas presos de la rutina y del trabajo, como lo es ya, en realidad, el protagonista de *¡Muchachos!*: “Hoy todo es esto: bajar por la mañana por Trocadero; llegar a la oficina; trabajar hasta las doce”—, buena parte de esta novela corta transcurre en el mar, en la costa y en la playa. Dicho mar, y más en concreto los lugares asociados con el agua y su fluir, constituye uno de los espacios donde el narrador se permite una construcción de la realidad mucho más lúdica, plástica y lírica: por momentos se alude a cómo los jóvenes escuchan “la respiración ancha del mar en las rocas de la costa”, o cómo al penetrar el río sus gritos, encerrados por los árboles que lo circundan, “eran como peces que saltaban del agua y huían por el aire, río abajo,

río arriba”. La narración misma parece emerger y sumergirse con la inconstancia del oleaje, hasta tal punto que el narrador nos dice: “—¡Cuánta cosa que se queda ahogada entre tanto recuerdo del mar!”. Imágenes tan acabadas y complejas como el golpe de las olas, que en realidad son “una impetuosa carrera de caballos blancos” que “se revientan en millones de alfileritos salados” hasta detalles como aquella frase que se repite constantemente a lo largo del texto: “¡El mar!... ¡El mar, negro-azul y hondo!...”, y que inevitablemente nos hace pensar en el inicio de otra extraordinaria novela cubana con el mismo motivo, *Otra vez el mar* de Reinaldo Arenas: “El mar. Azul. Al principio no. Al principio es más bien amarillo. Cenizo, diría... Aunque tampoco es cenizo. Blanco, quizás”. Todos estos elementos singularizan la aproximación de Pablo de la Torriente Brau desde las inquietudes de la vanguardia y de algún modo responden a aquel cuestionamiento lanzado desde la *Revista de Avance* sobre qué era aquello que entendían los escritores por un “arte nuevo”. Contrario a las reiteradas acusaciones sobre la presunta “deshumanización del arte” que promovían estos movimientos, lanzadas en su mayoría por una comunidad crítica superada, en muchos sentidos, por las inquietudes de estos creadores, la obra de Pablo de la Torriente Brau es un claro ejemplo del papel protagónico que tuvo la experiencia humana, la amistad, la juventud, el lenguaje, la memoria, el

cuerpo y hasta la risa en la constitución de una literatura de vanguardia cubana.

Tlalpan, agosto de 2023

¡MUCHACHOS!

Aquello sí que era estupendo!... ¡Sol... Sol... Sol...!
Un sol violento y el viento de la mañana sobre el mar... Pero no. Esto suena bien. Está bonito y no es así como debe empezar. Más vale que yo vaya diciendo antes por qué peripecias, después de aquella mañana, en vez de capitán de buque soy mecanógrafo; Roberto estudió teneduría de libros en lugar de estar en un circo haciendo maromas; Martínez, en vez de ser violinista, es ahora sastre; García no pudo irse al Norte, porque vino a parar en empleado del Gobierno, y Armando... ¡Armando, el pobre!

Ya se nos acabó aquella ansia aventurera, aquel loco tumulto, aquel alegre estruendo de ideas heroicas y desafiadas, de cuando los cinco juntos no teníamos la edad de un buen viejo de noventa años tranquilos...

Todo aquello se nos terminó de pronto, en unos pocos minutos, decisivos de nuestra vida, como si ella sólo fuera un ardiente trozo de leña que se sumergiera en el mar... ¡El mar!... ¡El mar, negro-azul y hondo!...

¿Quién sería hoy capaz de reconocer en mí, serio y monótono, a aquel muchacho desigual e inquieto, que fue

suspendido cuatro veces en álgebra y sacó tres sobresalientes en geografía, historia y literatura?

Hoy todo es esto: bajar por la mañana por Trocadero; llegar a la oficina; trabajar hasta las doce (a las diez y media vamos al *cafecito* y hablamos mal del gobierno un rato); subir por Trocadero; almorzar; bajar otra vez por Trocadero; trabajar hasta las cinco y subir de nuevo por Trocadero hasta casa... Esto es todo. Y mañana igual. Y pasado. Y el jueves... Y el viernes... Y el sábado... Pero el domingo voy al cine...

Hoy, igual que a mi melena dispersa, echo el tiempo atrás, y me veo entonces, con asombro, como si fuera otro, y me pregunto con extrañeza de qué manera han cambiado, hasta qué punto han desaparecido en mí mis inquietos impulsos anteriores...

¡Pero aquella mañana todo el fuego de mi vida se apagó en el mar, negro-azul y hondo!

Yo, autoexpulsado del Instituto, me dediqué al mar, es decir, a la bahía, a los muelles...

Esto, naturalmente, me buscó varias escenas en casa, que no estuve dispuesto a consentir, y, entonces, para encauzar por algún derrotero mi vida, me indicaron que aspirase a ser guardiamarina. Y allá fui yo a los exámenes. Todo iba bien cuando, en el último examen —que era de gramática tonta— preguntaron qué diferencia había entre

“senador” y “cenador”. Yo, además de indicar la poca que hay, añadí que, entre nosotros, senador era sinónimo de botellero... Desde luego, esto fue dicho allá, por los tiempos de Zayas... Hoy yo no diría esto así... Pero, a pesar de todo, la observación me quitó el chance y no pude ingresar en la Escuela Naval.

Llegué a casa diciendo que tenía menos suerte que George Washington, porque a aquél, por decir la verdad, lo premiaban, y a mí, en cambio, me castigaban... Y, efectivamente, a mi familia lo único que se le ocurrió hacer fue indignarse conmigo hasta el extremo, y yo, que no estaba en ánimo de “aguantar latas”, me fui de mi casa.

Me fui a vivir a Regla, del otro lado de la bahía, en un solar que había en la calle de Agramonte, entre Martí y Maceo... Un lugar, como se ve, puramente patriótico, en donde Martínez y yo alquilamos un cuarto.

Entonces decidí de veras aspirar a algo, y él, a ser un gran violinista. Y por lo pronto, para ir pensándolo, comenzamos una rigurosa vida de hombres de mar, remando desde por la mañana hasta por la noche... A él se le llenaron de ampollas las manos y se le trancaron los dedos por los músculos agarrotados; a mí, una noche, me mordió desesperadamente un dolor por los riñones y Martínez tuvo que darme cuatro píldoras de... de... —bueno, no recuerdo ahora, pero eran negras— y, además, unas violentas fricciones con un trapo empapado en agua que

me hicieron mucho bien... (Ah, ya me acuerdo: las píldoras eran de esas de... de... “anofeles”, creo... Bueno... de esas cosas para el paludismo...).

Pero, a pesar de todo, íbamos adelante en nuestros propósitos. Al mes, Martínez se compró la *Serenata de los ángeles* y la chapurreaba más o menos mal; y yo había tomado ya el color lógico de un hombre de mar...

Allí conocimos a Armando, un muchacho escuálido, pálido y débil, como esas yerbas amarillas que nacen bajo una tabla que les quita el sol.

Pero en él era el hambre... El hambre desde niño; el hambre desde sus abuelos; desde su madre tísica, siempre con un pañuelo color crema, como su cara, que vivía con él en el último cuarto del solar, ancho y alegre, y lleno de chiquillos que lloraban maratones enteros por las noches...

No sé, pero cuando uno es muchacho enseguida se hace amigo de los muchachos pobres... ¿Por qué será?... Nosotros nos hicimos amigos de Armando, y por las noches, cuando su mamá no estaba muy mala —la pobre, todos los días, al salir uno al patio por las mañanas, oía a dos mujeres hablando bajito, que decían siempre: “¡La pobre!”... y meneaban la cabeza antes de ir a la pila a coger agua—, por las noches, repito, él venía al cuarto de nosotros y se recostaba silencioso en una silla.

Era por las noches, cuando el ingenio tumultuoso de Martínez, con aquel espíritu burlón que lo hace inolvida-

ble, daba curso a su nunca terminada zafra de sacar chistes y de recitar versos de manera estafalaria...

Siempre lo evoco, con los ojos en blanco y las manos sobre el corazón, conteniendo la carcajada, con aquellos versos sentimentales que descaradamente se atribuía:

¡Oh, las pupilas tuyas, que son tuyas y mías
porque en ellas a veces mis sueños reflejé!
¡Mansas pupilas tuyas que recuerdan los días
más dichosos y alegres del tiempo que se fue!

¡El Gallego Martínez!... ¡Motor infatigable de alegría!... Él fue el verdadero y genial precursor de las “pegas” regocijadas y bribonas, cuando inventó, para burlarse de García, aquello de “Polaco, aco, verraco... Polaco, aco, te doy por sanaco”...

Él fue el muchacho que tuvo siempre la intuición maravillosa de llamar a cada amigo por un nombre burlón, que le venía mejor que el puesto por los padres... Él fue quien le puso a García, Polaco y Polea; a Roberto, Pancho Villa y el Negro; a mí, Pato Macho, y, por ser el más grande de los cuatro, y el que más había estudiado, el Alemán; a Pilín Pro, Coquito, desde que bañándose cierto día en el mar, lo vio sólo con la cabeza mojada fuera; a Kellman, el alemán auténtico, Radiante, porque componía radios; a un pescador de Cojímar que nos alquilaba su bote, Pim-Pam, porque siempre hacía así con la boca; y a

Reguera, cuando una mañana de concierto lo observó escuchando, con más atención de la reglamentaria, la *Quinta sinfonía* de Chaikovski, no lo llamó desde ese día por otro, al que luego nosotros, al ir conociendo preferencias ilustres, le fuimos amontonando cadáveres famosos, hasta que últimamente, para llamarlo, sólo le gritábamos por la calle, como si fuera un portugués: “¡Edgardo Allan Chaikovski de la Reguera y Eça de Queiroz y Paganini Martí! ¡Ven acá, tú!”

Luego, en las noches esas, como tenía melena de músico, de pintor, de poeta o de barbero, agarraba el violín y rompía a tocar nueve compases de la *Serenata de los ángeles*, siete de la de Schubert, trece del *Canto de la primavera*, de Mendelssohn, y como veinticinco de *El anillo de hierro*, lo que constituía su repertorio clásico, según él hacía constar... Enseguida daba el *la*... Porque resultaba que también era barítono. Para soltar el *la*, ponía un pie adelante y expandía el pecho... Igual que un tenor... Luego principiaba por un *do*, grave como un moribundo, seguía: *re, mi, fa, la, si, do, re, mi, fa, sol, la*... Y, efectivamente, lo daba. Daba un *la*, abierto y turbio, como la boca de un barril de manteca, que claramente era un desgarramiento así: “¡LARQRQRQRQR... X!”

Armando, recostado en su silla, se reía con una extraña voz de hombre grande y saludable... Yo, a veces, me callaba para oírlo... Ahora me parece recordar que sólo

se reía con la risa, y que tenía siempre tristes los ojos negros dentro de la cara amarilla...

Algunas veces, cuando los espiritistas no celebraban sesión en el primer cuarto, casi todo el mundo venía a donde nosotros, y entonces Martínez, después de tocar, ante el asombro y la expectación del auditorio, todo su repertorio clásico, pasaba al repertorio plebeyo, y, como con cierta displicencia afectada, le decía que cualquiera podía pedirle una pieza de moda. En el acto él contestaba: “¡Ah, sí, sí!” Y la sonaba... Hasta la mitad, por ejemplo, en donde, haciendo “un ligado” desconcertante, se ponía a complacer otra petición más urgente...

Su violín, aunque era el más desnaturalizado descendiente de Stradivarius que yo he conocido, era un robusto e infatigable cacharro musical, que soportaba con estoicismo toda clase de ensayos sonoros... ¡Era un violín-burro!... ¡Un violín modelo-Ford!...

Ahora que, cuando había sesión en el primer cuarto, “la cosa era más seria”, y en todo el solar se estaba quieto un silencio de catedral cerrada...

Nosotros, como sentíamos numerosos respetos por los muertos, esas noches nos íbamos por ahí...

Y, mientras tanto, a pesar de no tener interés por el asunto, ya conocíamos al “elemento”... Todo el mundo era del solar menos el médium. Era éste un marinero

negro, bien negro y bien grande, de un buque de guerra, el Cuba o el Patria, que según decían, era “un vidente fenómeno”... A mí, honradamente, llegó a preocuparme el que un hombre tan grande, con tal tipo de boxeador, y que tragaba tanto boniatillo del que hacía Ma, la madrina del Gallego, pudiese ser un legítimo intérprete de muertos... Martínez, por lo pronto, le había puesto Muertovivo.

Fue una noche de éstas, cuando ya no teníamos dinero para nada, que nos quedamos en el solar... En todos los cuartos, como de costumbre, tenían vasos puestos, llenos a esa hora de burbujitas... Hasta en el de nosotros había uno, porque la mujer del estibador de al lado, que nos tenía pena... “¡tan jóvenes y tan solos, los pobres!” se encargó de ponérselo por su cuenta para que cogiera “buenos fluidos”... Y estábamos aburriéndonos, tirados en las camas, cuando empezaron a hacer ruido los que se sentaban en las sillas.

—Oye, Gallego —le dije a Martínez—, ¿vamos a ver de una vez qué es eso?

—Bueno, vamos, pero desde fuera.

Y nos asomamos. Todos estaban serios y sentados. El médium, con su traje de gala de marinero, empezaba a *dormirse*...

Y estaba un silencio sagrado, dormido, casi terrible para mí... Me parecía que toda aquella gente acababa de morir allí dentro...

El médium, inmóvil, envuelto en la penumbra... Lo miramos un buen rato y todavía estaba inmóvil... Entonces sentimos un cuchicheo... Pero todo se quedó otra vez inmóvil y mudo.

Ya teníamos miedo, miedo de no saber huir, cuando de pronto el marinero comenzó a convulsionarse ligeramente, como cuando hay un poco de frío... Y en el momento en que más atentos estábamos, abrió la boca tremenda y soltó un alarido feroz, como si el espíritu de algún luchador muerto le hubiese puesto en el tobillo una llave insoportable de jiu-jitsu o de grecorromana...

El Gallego y yo nos lanzamos hacia atrás, casi rígidos, y entonces el hombre, más tranquilo, dijo con una voz gruesa y acogedora: “Hermano Juan”...

—¡Pa’su madre!... —dijo Martínez, y nos “abrimos” hechos un tiro de allí...

Es posible que todo, en aquella ocasión, lo viéramos de manera exagerada, pero aquella noche, la verdad, dormimos con las piernas bien recogidas, por si acaso, y soñamos con muertos que se sacudían las moscas, sacando las manos de los ataúdes y, espantando a la gente de los velorios, pedían agua gritando igual que los heridos... Y también con esqueletos burlones que nos hacían maldades, como en las películas de dibujitos que ahora se exhiben...

Pero cuando aquello se ponía mejor era los sábados por la noche. Roberto y García iban allá, y armábamos la “bronca padre” en el solar, ante la tremebunda alegría de todos los chiquitos, que se volvían locos por oír a Martínez dar el *la* y sonar el violín; a mí y a Roberto enredarnos a trompadas, y a García reírse como una maquinita...

Todo se desenvolvía locamente bien. Roberto era muy fuerte. Parecía un boxeador *featherweight*, y siempre estaba dando trompadas por los brazos y al estómago, hasta que uno se ponía bravo y le soltaba un par de *mameyazos* en forma... Entonces, como era más duro que una piedra, se reía y decía con burla: “¡Qué basura!”.

Nosotros le decíamos el Filipino Pancho Villa.

Martínez y él, después de discutir un buen rato sobre las cosas que ninguno de los cuatro sabía, acababan diciéndose horrores por conducto mío y de García; pero nunca llegaron a fajarse, por miedo respectivo... Porque... aun cuando Roberto tenía delirio de boxeador y de maromero, Martínez, además de violinista y barítono, resultaba que también era luchador de grecorromana, según él, y a pesar de que cuando luchaba se mordía la lengua, en un campeonato que hubo en el gimnasio luchó cuatro veces y perdió las cuatro con gran alegría de nosotros... Por eso se respetaban ellos dos y sólo se decían horrores...

Él le puso a Roberto, Negro, y Roberto a él, Gallego, y así la cosa quedaba tablas...

Y el Polaco, mientras tanto, se reía... Se reía con aquella risa inimitable que obligaba a interrumpir los chistes para oírlo... Era, a veces, como si un grillo grande se pusiera a reírse, o como si lo hiciera una maquinita de pelar naranjas... Era... No sé... Pero cuando él se reía nosotros nos mirábamos y enseguida nos entraban ganas de hacer otro chiste para que volviera a reírse... Especialmente Martínez y yo, con cualquier gracia, conseguíamos que nos diera “tandas corridas” de risa...

Porque el Polaco sólo sabía reírse... Aunque algunas veces se incomodaba, como, por ejemplo, cuando Martínez le advirtió en una ocasión que el barítono Urgellés lo andaba buscando para sonarlo, porque él había dicho que tenía bigotes de motorista y que no daba bien el *la*...

El Polaco también iba al gimnasio con nosotros, pero sus ejercicios eran siempre con las poleas, por lo que llegaron a echarle la culpa de que todas estuvieran rotas. Y, en consecuencia, también le pusimos Polea.

Todo lo hacía al revés este muchacho. Lo único que aprendió a decir bien fue “¡Jmm!”... Para él todo era decir “¡Jmm!”... Si Dempsey noqueaba a Carpentier, “¡Jmm!”... Si el Almendares vencía al Habana, “¡Jmm!”... Todo era “¡Jmm!”, y por eso nosotros acabamos por empezar y terminar todas las conversaciones con él diciendo “¡Jmm!” y “¡Jmm!”... ¡Mal rayo lo parta!... Y que parecía decirlo con los espejuelos, de una convexidad extraordina-

ría, que le hacían los ojos como de pescado... Porque los espejuelos eran la víscera más importante del cuerpo de García. Tanto, que una vez, por no tenerlos, se buscó el lío padre. Fue así. Ustedes verán qué bueno fue:

Nosotros comíamos muchas veces juntos, en La Habana, en las fonditas de chinos, y, naturalmente, como nunca andábamos abundantes de *manguá*, casi siempre nos las componíamos para no tener que pagar... La técnica era muy sencilla, elemental, primitiva: después de comer bien, tomábamos té y luego nos desprendíamos a correr...

(¡Oh, los “flijole neglo con aló... otlo y son do... casualidá si cabo!”). ¡Las fonditas de chinos, llenas de hombres comiendo con el sombrero puesto; llenas de chinitos musicales que cantan con indiscreción todo lo que uno va a comer!... ¡La vez que me comí seguidos cuatro platos de arroz con frijoles negros, y salió hasta el cocinero, con sus ojitos pícaros, a conocerme!... La vez que nos metimos en un *chop suey* de lujo, que estaba en una azotea empinada del barrio chino de Zanja, mandamos a hacer no me acuerdo qué cosa extraña, y cuando ya estuvo hecha, al preguntar lo que valía no teníamos bastante dinero con que pagarla, y entonces nos fuimos, con más miedo que el demonio, mientras todos los chinos, llenos de cólera, decían cosas de tal manera que parecía como si en vez de palabras hablasen por la boca alacranes, arañas y escaraba-

jos... (¿Por qué cuando uno es muchacho le dan tanto miedo los chinos?).

Pero claro, llegamos a desacreditarnos tanto que en muchos lugares no nos admitían ya, y tuvimos que ir a parar, para fastidiar un poco, a los puestos de frituras...

Lo que yo iba a contar —porque ya lo había olvidado— fue así:

Un día, en el puesto que hay por San Ignacio, cerca de la Catedral, empezamos a comer platanitos, bollitos, pitos de auxilio y chicharrones... hasta que nos llenamos bien, y entonces nos fuimos tranquilamente... Pero esta vez el chino salió a la puerta y empezó a gritar: “¡Oye, tú, paga platanito... paga platanito... paga platanito, tú, oye!”. Y se puso a seguimos por San Ignacio, por O’Reilly, por Cuba, por Obrapía... hasta que no nos quedó otro remedio que mandarnos a correr, a las doce de la mañana, con las calles llenas de policías y de gente que comenzó a tocar pitos y a dar atajas... Pero qué va... Roberto y yo éramos unos toros corriendo... García fue el que quedó último, lo acorralaron en una esquina y allí pudo alcanzarlo el chino, que le volvió a decir: “Paga platanito, ¡ladlón... ladlón!...”.

¡Ah, caramba, pero como esto de ladrón ya era un insulto, el Polaco empujó violentamente al chino, y éste, agarrándose de sus espejuelos, que eran lo más saliente de su persona, se los hizo caer al suelo...

García, entonces, al verse ciego, y creyendo sin duda que el chino iba a picotearlo, se puso a disparar trompadas en todas direcciones hasta que pudo conectar en un cuerpo duro, al que, con sus brazos mecanizados por las poleas, aplicó una paliza feroz antes de que pudiera ser reducido... El estropeado no era el chino, sino el vigilante, que a los pitos de auxilio había acudido para hacerse cargo de todos los golpes disparados por el Polaco... El policía, como es natural, era barrigón, y estaba sofocado por la carrera y por los piñazos recibidos, todo lo cual hizo que se indignara violentamente y agarrando por el cuello del saco a García, le dijo: “¡Echapa'lante, ladrón!”... ¡Y todos los muchachos del barrio se fueron detrás!...

Y la gente sacaba la cabeza desde la ventanilla de los carros y de las guaguas preguntando qué se habían roado... Y uno dijo que le había dado una puñalada a un chino... Y otro dijo que había matado a un guardia...

Y el chinito iba a pie, en chinelas, diciendo, como en un pregón interminable: “Paga platanito, ¡ladlón... ladlón, paga platanito!”...

Y menos mal que pudo comprobarse que sin espejuelos no veía nada, porque si no lo parte un rayo, por desacato y atentado a la autoridad, según le dijo el señor juez.

Le salió la fiesta en esto: pagarle al chino: 22 centavos; espejuelos perdidos en la reyerta: 18 pesos; espejue-

los nuevos: 12 pesos, multa: 20 pesos... Total: 50 pesos 22 centavos, que tuvo que sacar de su fondo de reserva para “irse al Norte”.

Después el Polaco siempre decía: “La culpa fue del Negro por convidar y no pagar... ¡Jmm!...”.

Martínez, a cada rato, le sacaba la historia, para reírse hasta el límite del dolor de barriga...

Caramba, pero cómo se va uno de lo que quiere decir, cuando lo que quiere decir uno está allá dentro del tiempo que se fue y se llevó al irse, como rico equipaje, los momentos felices y despreocupados de cuando uno es muchacho... ¡De cuando uno no tiene nada!... Ni hambre ni cansancio, ni lógica, ni que bajar todos los días por Trocadero y subir todos los días por Trocadero, menos los domingos, cuando uno va al cine... ¡Uno debiera morir, muchacho!

Por eso hay que perdonarme el que me haya fugado de lo que estaba diciendo, y que todo lo haya dicho con mi lenguaje de entonces, con palabras que no usaban corbata.

Naturalmente, entre la “metralla” que formábamos, Armando, que era un muchacho serio, que iba al trabajo todos los días, por la mañana y por la tarde, tenía que sentirse un poco extraño (y aun para nosotros, a veces, era un engorro), pero como hasta entonces no tuvo otros amigos, porque nunca los buscó ni sabía juntarse —yo creo hoy

que no tenía fuerzas para tener amigos—, pasaba a nuestro lado sus ratos libres.

Ahora me acuerdo [de] que Armando trabajaba en no sé qué cosa de cueros o de cartón. Lo cierto es que siempre le vimos con el dedo gordo hinchado y áspera la mano... La tenía muy fuerte y él era muy flaco...

Me parece que ya dije otra vez que su mamá estaba mala... Muy mala... Para mí que él también estaba enfermo... Se le habían muerto cuatro hermanos cuando aún eran niños, y la mamá ya sólo era como un pañuelo al viento... Algunas veces, cuando yo la veía, pasaba un rato sin estar contento... No sé, romanticismos que tiene uno...

Bueno, pero el caso es que el dinamismo de nosotros de alguna manera le contagió el entusiasmo al muchacho, y un domingo por la mañana se decidió a decirnos que nos quería acompañar. (A lo mejor él no lo pidió antes por miedo a tener que dar algo... Pero total, no hacía falta, porque nosotros pagábamos el bote a peseta cada uno, y a mí me lo prestaba siempre Roberto).

¡Aquello sí era estupendo! ¡Sol... Sol... Sol...! Un sol violento y el viento de la mañana sobre el mar... ¡El mar, negro-azul y hondo!... El mar movido... La mañana, limpia como la cara de una muchacha bonita y alegre... Y los vapores sucios echando humo... Y los cocineros de los barcos y de las goletas de los muelles tirando al agua

las cáscaras de las papas peladas... ¡Oh, qué vida maravillosa y despreocupada!

¡Cuánto minuto muerto resucita en mis ojos cuando, como si fuera mi melena dispersa, echo el tiempo hacia atrás y me veo entonces, inquieto y desigual, como un pez relampagueante y jugueton!...

¡Cómo nos gustaba que el tiempo se pusiera bravo, para que la cachucha saltara sobre las olas como una pelota, y las olas nos salpicaran por todos los lados!...

¡Cómo nos gustaba huir por delante de los remolcadores, que pitaban sus sirenas con el aire imperioso de un viejo conserje del Instituto, y “levantar la boga”, apurados, para meternos en el oleaje que hacían los vaporcitos de Regla y de Casa Blanca, y cuando el bote se inclinaba de banda a banda, hasta entrarle el agua, asustar al Polaco que no sabía nadar, y verlo ponerse serio..., serio..., y agarrarse con fuerza a las dos bordas, diciendo repetidamente, hasta que salíamos del peligro: “Oye, chico, no juegues... no juegues... ¡Jmm!... ”.

¡Y por supuesto que decía también una mano de malas palabras que eso era el horror! ...

Allá como a las diez, cuando el sol se espejeaba, fracturándose en millones de fragmentos sobre la bahía, nos íbamos hasta la ensenada de los buques viejos, la de Mari-melena, que viene a ser un cementerio de barcos... El agua, como si fuera de tierra, estaba siempre sucia y tranquila...

Allí fue que un viejo marinero descalzo nos dijo un día, mientras se arremangaba los pantalones hasta la rodilla, sobre un lanchón podrido en que estábamos luchando, y cuando le hicimos una pregunta sobre los tiburones:

—Muchachos, no crean nada, tírense donde quieran: los tiburones de la bahía están todos gordos y hartos... Tírense donde quieran...

Y desde entonces, hacíamos, en cueros, persecuciones por las lanchas encalladas, para lanzarnos, despreocupados del peligro, por todos los costados... Luego, al fin, nadábamos hasta el bote, nos encaramábamos en él, y huíamos, dejando a García, hambriento como un náufrago, por la mañana continua de sol y de remos, que gritaba desde el barco al ver que nos íbamos, dejándolo solo y desnudo, para comernos su comida...

Había un barco rojo de orín del mar, que era grande y magnífico para nosotros. Un día lo descubrimos y lo asaltamos, y con el calzoncillo de Roberto le pusimos una bandera en la popa... ¡Ya nos parecía que el barco andaba por alta mar!... Entonces, armados de trozos de cabillas, acordamos ponerle El Relámpago de los Mares...

Y desde aquel día no almorzamos más debajo de los muelles, viejos y carcomidos, ante el pánico de los cangrejos y las jaibas que huían hacia abajo por los horcones, incrustados de ostras... Y las ratas, grandes como gatos pequeños, pasaban insolentemente por entre los

polines y las vigas, con sus ojos brillantes y sus largos bigotes... Y las isabelitas venían en bandadas a los círculos concéntricos que hacían al caer los pedazos de pan, y de queso, y de guayaba y de plátanos que tirábamos al agua, para verlas moverse como pelotones de soldados bien instruidos...

Un día, como siempre, andábamos desnudos por la cubierta de El Relámpago de los Mares, para tirarnos por las bordas y subir corriendo, nos vieron desde la Capitanía del Puerto, y vino volando una lancha con dos policías para “cargar” con nosotros... Sin embargo, esta vez nos perdonaron, porque yo les eché un discurso, diciéndoles que otros muchachos nos habían llevado la ropa a Regla y que “seguro, seguro” no nos la iban a traer hasta por la tarde, así que si querían “cargar con nosotros”, no les quedaba más remedio que llevarnos en cueros... Y se fueron diciendo que éramos unos “mataperros”, que ya los teníamos “muy cansados”, y que si no sabíamos que allí había muchos tiburones y mantas...

Otro día, como el Polaco no sabía nadar, se nos ocurrió amarrarlo por la cintura con una soga y traerlo a remolque, mientras chapoteaba igual que un gato, pudiendo apenas sacar la cabeza del agua turbia de la ensenada... Y nosotros nos reíamos... Pero de pronto la soga se soltó y García se hundió para salir enseguida con la cara y las

manos desesperadas, gritando: “Me aho...go... Me a...hogo”. Cada vez salía con más trabajo, y cuando conseguimos que agarrara la soga, se fue al fondo de puro cansancio, y lo tuvimos que izar como un bulto, como un gran sábalo pescado... Se tiró en el bote y se puso a vomitar... Luego nos mentó la madre a todos.

¡Caballeros, pero cuánta cosa hay que contar!

¡Cuando nos íbamos a Cojímar, y más allá, se nos hacía la noche remando, y volvíamos a oscuras, oyendo la respiración ancha del mar en las rocas de la costa!...

¡Las veces que nos metíamos por el gran majá dormido del río, que se iba llenando de silencio cada vez más adentro...! De un silencio tal, que los gritos que dábamos entre los grandes paredones arborecidos que custodiaban las márgenes eran como peces que saltaban del agua y huían por el aire, río abajo, río arriba... Huían junto con las auras negras, las garzas lentas y con la caraira única que pasó una vez.

¡El desembarco en las playas! ¡La lucha con la resaca y con las rompientes, para que no se estropeará el bote de Pim-Pam!... Luego, ¡las carreras por la Playa de los Tarahumaras!... ¡El avance trabajoso por entre los residuos de las basuras de La Habana, que la corriente del Golfo echa contra la costa, y sobre las olas, como hábiles marineros en balsas pequeñas!...

¡Cuando decidimos, una tarde, irnos hasta Cayo Huezo en bote, porque unos mambises lo habían hecho una vez... Y a la hora de estar al remo, horizonte allá, subiendo y bajando por la cordillera de las olas, pensamos que “cómo nos la íbamos a arreglar con los aduaneros americanos, sin saber inglés”!

¡Cuánta cosa que se queda ahogada entre tanto recuerdo del mar!

Bien, yo creo que lo dije antes. Armando le cogió el gusto a venir con nosotros los domingos por la mañana, cuando su mamá no estaba muy mala, porque los domingos, como decía con tristeza, “no tenía trabajo en la fábrica”.

Aunque parezca mentira, se las entendía en el mar mejor que nosotros; preparaba siempre los estobos de manera que durasen más y que fuesen más fuertes; si se partía un remo, con el que aún teníamos, podíamos llegar fácilmente a la orilla; y, aunque era menos fuerte que todos los del grupo, remaba mejor, y el bote se deslizaba por el agua sin esfuerzo cuando Armando cogía los remos... A nosotros nos preocupaba eso un poco, y al fin yo conseguí unas explicaciones absolutamente científicas del fenómeno, comparando esto del remar con los boxeadores que tienen *punch* y con los *pitchers* que lanzan la pelota como cañonazos, no obstante ser flacos muchas

veces. Todos aprobaron mi tesis, y Armando se rio con sólo dos risas pequeñas.

Sabía también manejar la vela, y la cachuchita de nosotros, en las mañanas de viento alborotado, era como una paloma sobre la bahía... Una paloma que se pusiera a bailar el minué sobre las olas, mientras que nosotros nos poníamos más contentos que no sé qué, y el Polaco pestañeaba, como el timbre de un despertador, a cada viraje violento que metía un golpe de agua en el bote.

¡Aquella mañana!... La mañana aquella era de esas mañanas en que hay un sol espléndido y fuerte, y al mismo tiempo hace frío.

Era de ésas con que terminan los nortes, cuando ya las olas, en La Habana, no saltan al galope sobre el Malecón, como una impetuosa carrera de caballos blancos, pero que todavía al estallar contra el muro, se revientan en millones de alfileritos salados, y la gente extraña y los incorregibles se dan gusto paseándose junto al contén para salpicarse.

Era una de esas mañanas en las que uno, por mucho que reme, no suda, pero siente calentarse la piel bajo el sol ardiente.

¡Y tanta luz!... ¡Y el mar alegre, y azul, mientras una nube blanca y gorda, como una galleguita, pasa por el cielo de la bahía!...

Ya nosotros habíamos estado bajo los muelles, donde el agua no deja nunca de hacer “plaf-plaf... plaf-plaf...” contra los espigones que rechinan..., mueve las lanchas pequeñas; hace gemir las bordas de las goletas y, separando los barcos, pone tirantes los cables, como las cuerdas flojas de los circos...

Ya también habíamos estado en El Relámpago de los Mares, y nos habíamos zambullido en las mismas hoyas que hay al pie de la Cabaña, donde dicen que duermen los tiburones...

Ya habíamos remado hasta la ensenada de Guasabacoa, donde existía una enorme cantidad de pilotes de cemento tan bien acostados, como si fueran a dormir allí muchos años... Parecían los ataúdes de piedra de un millar de postes de telégrafos, muertos por el viento de la tempestad...

Ya habíamos bromeado con el marinero noruego de un barco inglés, que se estaba comiendo un plátano con las manos, y que cuando Roberto le gritó, riéndose: “Saramanvich, americano”..., nos tiró las cáscaras, que le dieron a García, poniéndolo furioso.

Ya todo lo habíamos visto en una inspección general, cuando de pronto, enorme y negro, anclado en mitad del puerto, el Espagne gritó con su gran voz de bajo: “MHMHM... MHM... MHM...”.

—¡Corre, que se va el francés...! —grité yo, y nos pusimos a remar desesperadamente.

Pero el francés no se iba. Sólo estaba virando para acercarse al espigón y atracar.

Viraba lleno de majestad, con mucha rapidez para su tamaño, y al mismo tiempo recogía el ancla, que empezaba a salir llena de fango. Cuando volvimos la cabeza un momento para verlo, la gente se apiñaba en las bordas. Me acuerdo [de] que vi un oficial, todo vestido de blanco, con una gorra blanca.

Y Roberto y yo, levantando la boga hasta lo último, hacíamos avanzar la cachuchita, como si fuera un buen caballo trotón...

—¡A coger el oleaje!... —grité.

Ya el Espagne estaba cerca, y entonces fue que el oficial empezó a gritar. Armando dijo con su voz gruesa:

—¡Cuidado con la propela!

—¡Qué cuidado ni cuidado! ¡A coger el oleaje!...

Y hundimos los remos en el agua.

A la tercera boga, como ya la marejada era tan fuerte y desigual, cogí “un cangrejo”, fallando y con todo el impulso que llevaba me fui de espaldas violentamente; di en el costado del bote y, perdiendo el equilibrio, me caí al mar... En el agua, con la espalda rota, lo vi todo espantado...

Como Roberto hizo su boga con todo vigor y yo no, la cachucha se desvió con violencia... Además, el Espagne estaba virando... El bote entró de lleno en el remolino

poteroso del agua hecho por la hélice, y sin fuerza ya para dominarlo, se precipitó hacia él... Un clamor inmenso se asomó a las bordas y el oficial vestido de blanco gritaba desesperado hacia no sé quién, con la gorra en la mano...

Los periódicos lo relataron todo con un letrado que decía:

Espantosa tragedia esta mañana en el puerto.

Pero yo jamás podré olvidar aquellos segundos en que todo el fuego de mi vida se apagó, como si sólo fuera un pedazo de leña encendida que cayera al agua...

Yo no puedo recordar sin estremecerme, aquellos segundos gigantescos, cuando Roberto, con su tremendo vigor, agarrado por García que se ahogaba, luchaba brutalmente por desprendérselo y salir del remolino de la hélice.

Ni tampoco las voces continuas de Martínez, que se tiró con tiempo del bote y subía y bajaba en el oleaje, para gritarme a cada ascensión que huera pronto del remolino de la propela...

—¡Aleman, la propela!... ¡La propela, Aleman!...

Y es más imposible aún que yo olvide aquella espantosa lucha de los brazos flacos y amarillos de Armando, que nadaba desesperadamente por escapar, mientras todo

el pasaje de popa gritaba, y se asomaban los marineros por las ventanillas redondas del casco negro, diciendo cosas en francés... Pero él había caído más cerca que ninguno, y al fin un golpe de mar empujó al bote y éste a él, y la hélice, como un pulpo, lo atrajo, lo enredó, y le dio dos vueltas mortales dentro del agua...

¡Yo lo vi salir las dos veces afuera!... ¡Yo lo vi!... Ya la tercera, cuando la máquina paró de pronto, parte de la hélice quedó arriba chorreando agua y él... ¡Yo lo vi! ¡Yo lo vi!... Y se cayó muerto al mar, ¡como una gota de agua!

¡Cuánto detalle se apresa en un segundo de angustia! Al mismo tiempo que Armando caía al mar, desde lo alto de la paleta de la hélice, yo vi cómo Roberto, vencido por la desesperación de García que se ahogaba, era arrastrado al fondo y sacaba las manos del agua...

Y vi también cómo yo me hundía, muerto, con los brazos hacia atrás... mientras varios hombres desde lo alto del trasatlántico se caían despacio... se descolgaban entre gritos lejanos e inmensos...

En la Capitanía se agolpaba la gente... Cien caras y mil ojos me veían los ojos.

Nosotros no pudimos ir al entierro de Armando, ni al de su mamá, que se murió llorando, “poco a poco y muy pronto”, según nos contó Ma cuando lo supo todo.

Allá están, en el cementerio de Regla, a donde todo el pueblo los llevó conmovido, y que se ve desde lo alto de las lomas peladas, como un huerto de arbolitos blancos...

La Habana, 20 de noviembre de 1930

NOTICIA DEL TEXTO

Impresa en La Habana, Cuba, la primera edición de *¡Muchachos!* fue incluida en la revista *Social* en noviembre de 1931. No obstante esta fecha, en el cierre del relato, Pablo de la Torriente Brau señala que fue escrito el 20 de noviembre de 1930. Asimismo, una nota editorial de este soporte precisa que el jurado del Concurso de Cuentos Cubanos, organizado por la *Revista de La Habana*, otorgó un premio a *¡Muchachos!*: “el trabajo que nos complacemos en dar a conocer en esta página no ha hecho sino ratificar justamente los méritos intelectuales de quien como P. T. B. se ha destacado además en los últimos tiempos, por su sobresaliente actuación cívica en nuestros más vitales y candentes problemas políticos y sociales”.

Posteriormente, en 1998, el relato fue incluido en *Cuentos completos*, compilación póstuma del Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau y Ediciones La Memoria. Antecedido por un estudio de Denia García Ronda, el volumen recopila el libro *Batey*, los cuentos escritos durante su prisión como perseguido político (1931-1933), así como otros relatos dispersos, borradores y manus-

critos incompletos del autor. Novelas en la Frontera ha utilizado el texto de dicha recopilación.

PABLO DE LA TORRIENTE BRAU
TRAZO BIOGRÁFICO

Nacido el 12 de diciembre de 1901, en San Juan, Puerto Rico, Pablo Félix Alejandro Salvador de la Torriente Brau fue hijo de Félix de la Torriente Garrido, de origen español, y Graziella Brau de Zuzuarregui, de nacionalidad puertorriqueña. Tuvo cuatro hermanos: Graciela, Zoe, Lía y Ruth. Su abuelo materno, Salvador Brau, fue un periodista e historiador dedicado a combatir, desde las páginas de *El Clamor del País*, la dictadura de Romualdo Palacios en Puerto Rico. A la muerte de su abuelo paterno, viajó a España; posteriormente, su familia desembarcaría en La Habana, debido a las labores periodísticas de su padre.

En 1906, a causa de la segunda invasión norteamericana a Cuba, don Félix de la Torriente es destituido de su empleo, por lo que se traslada a Oriente, mientras que doña Graziella Brau y sus hijos vuelven a Puerto Rico. Tres años después, la familia se reencontraría en La Habana, ciudad donde Pablo continuaría su formación educativa. Con apenas ocho años, publicó su primer artículo

periodístico en *El Ateneísta*, donde expresa su deseo de enlistarse en la Marina, y se declara en contra de la dictadura y el imperialismo. Ingresó en 1915 al Instituto de Segunda Enseñanza de Santiago de Cuba y terminó su bachillerato en La Habana, donde finalmente se estableció su familia. Durante 1919 inició estudios de ciencias políticas, sociales y económicas; sin embargo, no pudo concluirlos.

En enero de 1920, se trasladó a Sabanao, también en Cuba, con el objetivo de participar en la construcción de un ingenio azucarero. Este viaje marcaría algunos de los temas abordados en sus obras; sobre todo, reforzaría su espíritu crítico y de lucha social, pues conoció de primera mano las condiciones precarias del campesinado, además de su constante opresión. En esta localidad, conoció a Teresa Casuso Morín, con quien contraería nupcias alrededor de 1930. Teté Casuso se convertiría en su juventud en una destacada intelectual cubana, exiliada en México a causa de sus manifestaciones en contra de Gerardo Machado, figura a la que también se opuso el autor.

A su regreso a La Habana, De la Torriente Brau comenzó a trabajar para la revista *El Veterano* y el diario *Nuevo Mundo*, publicaciones de limitada circulación. De esta última, además de ser redactor, también se desempeñó como repartidor y agente de suscripciones. En 1922, intentó entrar a la Escuela Naval de Cuba, pero fue rechazado tras asegurar por escrito en el examen que “senador

era sinónimo de botellero” (es decir, un empleado público que cobra un sueldo sin realizar labores). Este episodio se narra también en una de las escenas de *¡Muchachos!*

Trabajó en la Comisión de Adeudos de la Secretaría de Sanidad, hasta que comenzó a laborar como secretario-taquígrafo en el bufete de Fernando Ortiz, un abogado e intelectual relevante en la capital del país. En esa época, De la Torriente Brau publicó su primer cuento, “El héroe” (1929), en *El Diario de la Marina*. Fiel a sus posturas políticas, formó parte del Directorio Estudiantil Universitario, organización contra la dictadura de Gerardo Machado. En 1930 se adhirió a la Revolución del Treinta, por lo que el semanario *Pica-Pica*, a cargo de su tío, el periodista Luis Brau, refirió la lucha de su sobrino en un artículo titulado “Bautismo en Cuba, noticia en Puerto Rico”.

Ese mismo año, el 28 de febrero de 1930, vio la luz su único libro editado en vida: *Batey*, una serie de relatos escritos en colaboración con Gonzalo Mazas Garbayo. La publicación incluyó un total de veintidós textos, once de De la Torriente Brau y once de Mazas. La crítica dio buen recibimiento a la obra, cuyas reseñas estuvieron firmadas por Lino Novás Calvo y Jorge Mañach, por mencionar algunos, en *Revista de Oriente*, *Revista de Avance*, *Revista Bimestre Cubana*, entre otras. En distintas latitudes de Latinoamérica, Antonio S. Pedreira, Federico Gamboa, Juana

de Ibarbourou y Concha Espina dedicaron críticas benevolentes a *Batey*.

Como consecuencia de su participación en diversas manifestaciones sociales, el 3 de enero de 1931 Pablo de la Torriente Brau fue enviado a la cárcel habanera del Castillo del Príncipe. Esta experiencia inspiraría la escritura de “105 días preso”, una serie de reportajes a caballo entre la ficción y el testimonio, publicados en el periódico *El Mundo*. Poco después, volvió a ser detenido y fue trasladado al presidio Modelo de Isla de Pinos, donde permaneció aproximadamente un año.

De este acontecimiento derivó la realización de *Presidio Modelo*, dedicado a Teresa Casuso Morín: “A Teté Casuso, que me escribió una carta cada día en los dos años de prisión”. Este proyecto se construye a partir de testimonios del autor, de otros presos y habitantes del presidio, por lo cual se trata de una obra de amplia riqueza literaria y documental. En principio, *Presidio Modelo* nació de un reportaje titulado “La isla de los 500 asesinatos”, difundido en las planas de *Abora*. Este soporte sirvió como un conducto para sus trabajos periodísticos, pues cubrió eventos como la depuración de la Universidad de La Habana en 1934, así como los asesinatos de los revolucionarios Ivo y Rodolfo Fernández en ese mismo año.

Pablo de la Torriente Brau abandona la cárcel en 1933 y de inmediato es exiliado junto con su esposa a los Estados

Unidos. Llega a Nueva York por primera vez en la embarcación española Cristóbal Colón. Posteriormente, vuelve a Cuba para denunciar en la prensa la situación del campesinado, difunde sus artículos en *El Mundo*, *Bobemia*, *Social*, *Carteles*, *Alma Mater*, entre otras. Esta labor, además del inicio de la huelga general en Cuba de 1935, lo llevaría a su último exilio, nuevamente a Nueva York.

En el país norteamericano, se encontraría con dificultades económicas, personales y existenciales. Para entonces, volver a Cuba no es opción y Puerto Rico representa también un peligro, por lo que España se erige como el llamado definitivo para la continuación de su accionar político y social. Antes de partir a Europa, aún en Estados Unidos, comienza la escritura de su novela *Aventuras del soldado desconocido cubano*; sin embargo, su prematuro fallecimiento le impidió terminar este relato, el cual fue publicado en 1940 por Raúl Roa, encargado del manuscrito. Una carta de Pablo de la Torriente Brau dirigida a Roa atestigua este dato. Con fecha del 4 de agosto de 1936, el autor comenta lo siguiente: “Tengo casi concluso mis *Aventuras del soldado desconocido*, que son una coña terrible”.

De la Torriente Brau sale de Nueva York el 28 de agosto de 1936 y llega un mes más tarde a España, donde funge como corresponsal de la Guerra Civil para las revistas *New Masses* (Nueva York) y *El Machete* (México). Primero, visita Bruselas y asiste al Congreso por la Paz; luego, pasa

por Barcelona y llega a Madrid con el propósito de recoger testimonios y crónicas. En la capital española, es nombrado comisario político en el batallón de Valentín González y conoce en el frente de guerra a Miguel Hernández, con quien establece una estrecha e inmediata amistad.

El 19 de diciembre de ese año, en Majadahonda, fallece de un disparo en el pecho. El 2 de enero de 1937, *El Mundo* dio la noticia de su fallecimiento: “Un nieto de Salvador Brau muere peleando en España”. Muchos años más tarde, sus restos serían localizados en el Cementerio de Montjuic, en Barcelona, gracias a las investigaciones realizadas por miembros de la Asociación de Amigos de la Brigadas Internacionales (AABI).

Para profundizar en la vida y obra de Torriente Brau, puede consultarse la investigación de Melvin Torres *Contar el tiempo. Aproximaciones a la narrativa de Pablo de la Torriente Brau* (La Habana, Ediciones La Memoria y Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau, 2006) y las ediciones en línea *Aventuras del soldado desconocido cubano* <<https://acortar.link/ayhpJx>> y *Cuentos completos* <<https://acortar.link/puWMP5>>.

NOVELAS en la FRONTERA

Gustavo Jiménez Aguirre, director

CONSEJO ASESOR

Sarah Aponte, The City College of New York

Maricruz Castro Ricalde, Tecnológico de Monterrey, Toluca

José Ricardo Chaves, Universidad Nacional Autónoma de México

Adrián Curiel Rivera, Universidad Nacional Autónoma de México

Verónica Hernández Landa V., Universidad Nacional Autónoma de México

Dante Liano, Università Cattolica del Sacro Cuore

Consuelo Meza Márquez, Universidad Autónoma de Aguascalientes

Begoña Pulido Herráez, Universidad Nacional Autónoma de México

Cira Romero, Academia Cubana de la Lengua

Rubén Ruiz Guerra, Universidad Nacional Autónoma de México

Margaret Elisabeth Shrimpton Masson, Universidad Autónoma de Yucatán

Arturo Taracena, Universidad Nacional Autónoma de México

COMITÉ DE INVESTIGACIÓN Y EDITORIAL

Laura Aguila • Braulio Aguilar • Joshua Córdova • Gabriel M. Enríquez

Hernández • Luis Gómez M. • Verónica Hernández Landa Valencia • Gustavo

Jiménez Aguirre • Eliff Lara Astorga • Rodolfo Munguía • Luz América Viveros

DISEÑO Y COORDINACIÓN VISUAL DE LA COLECCIÓN

Andrea Jiménez

PORTADA

Andrea Jiménez

SERVICIO SOCIAL

Alan Cabrera



¡Muchachos! se terminó de editar en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, el 13 de septiembre de 2023. La composición tipográfica, en tipos Janson Text LT Std de 9:14, 10:14 y 8:11 puntos; Simplon Norm de 9:12, 10:14 y 12:14 puntos, estuvo a cargo de JOSHUA CÓRDOVA. La edición estuvo al cuidado de BRAULIO AGUILAR, ELIFF LARA y LUZ AMÉRICA VÍVEROS.